

CAPÍTULO II.

Continuacion del precedente. — América meridional.

Antes de pasar el istmo de Panamá y de penetrar en el interior de las célebres tierras descubiertas por Cristóbal Colon y sus audaces sucesores, permítasenos hablar de una tradicion comun á todas las naciones no europeas. Todas han creído en la ruina de su poder y en la conquista de un pueblo nuevo. Señalamos esa creencia con tanto mas gusto, cuanto no sabemos que se haya notado aun, *ex profeso*, y que podemos hacerlo sin apartarnos de nuestro objeto.

Salvo error, esa creencia universal trae su origen de las memorables palabras proferidas por el segundo padre de la raza humana. Noé, despertado de su misterioso sueño, profetiza á sus hijos su destino y el de sus descendientes. El Patriarca les da la bendicion ó la maldicion, segun la conducta que cada uno de sus tres hijos ha observado con él ¹; y nosotros vemos aun despues de tantos siglos cumplirse literalmente el oráculo paternal. Chanaan es siempre esclavo de sus hermanos; Sem habita inmóvil sus tiendas; Japhet extiende sin cesar sus dominios y penetra hasta en los dé sus hermanos. ¡ Cosa notable! Mientras que el asiático hijo de Sem, y el africano hijo de Cham, permanecen estacionarios en sus territorios, los europeos, hijos de Japhet, levantan establecimientos en todas las partes del mundo, en las tierras de Sem y de Chanaan.

Los habitantes de la América del Sud tenian, cuando su descubrimiento, una tradicion segun la cual su imperio debia ser conquistado por blancos. Uno de los incas ó reyes del Perú, llamado *Vivacocha*, fue no solo un gran príncipe, sino tambien el mas célebre adivino de su reino. Fue él, segun la tradicion peruana, quien pronosticó que en el curso de los tiempos llegaria al Perú

¹ *Evigilans autem Noë ex vino, cum didicisset quae fecerat ei filius suos minor, ait: Maledictus Chanaan, servus servorum erit fratribus suis. Dixitque: Benedictus Dominus Deus Sem: Sit Chanaan servus ejus. Dilatet Deus Japhet et habitet in tabernaculis Sem, sitque Chanaan servus ejus. (Gen. IX, 24-28).*

una nacion desconocida que invadiria el imperio y cambiaria su religion. Deseó que este pronóstico fuese solo conocido de los incas, y que no se descubriese al pueblo, á fin de que no menguase su respeto á sus soberanos. Pero á pesar de todas las precauciones, se tuvo noticia de él, y no contribuyó poco al triunfo de las armas españolas ¹.

Habia la misma tradicion en la América del Norte. Antes de la llegada de Cortés á Méjico, señales terribles habian anunciado, decian los indios, la ruina de la monarquía de Motezuma. Un cometa espantoso habia aparecido durante muchas noches como una pirámide de fuego. Un gran lago, próximo á la capital, habia roto sus diques y se habia derramado con una impetuosidad sin ejemplo. Se habia quemado un templo, sin que se pudiese dar con la causa. Se habian oido voces lastimeras en los aires que anunciaban el fin del imperio, y todos los ídolos repetian ese funesto pronóstico. Se hablaba de soldados desconocidos y bien armados que vendrian de Oriente y que harian una horrible carnicería en los súbditos de Motezuma ².

Es tambien un hecho conocido que los pueblos de África esperaban ser subyugados por los blancos ³.

Cosa mas asombrosa acaso, bien que no menos cierta; una tradicion análoga reinaba no há mucho en toda la Oceania. Hé aquí los detalles que nos da uno de nuestros misioneros sobre este interesante asunto: « Quiero hablaros ahora, dice, de un personaje « cuyo nombre no puede ser mas célebre en nuestras islas... Trá-
« tase de la profetisa *Toaperé*. No es un solo testigo, es la pobla-
« cion entera de la isla de *Akamaru*, ó mejor, son cuatro islas las
« que afirman que cuanto voy á contaros de *Toaperé* es realmente
« lo que ella ha dicho cien veces en público. He interrogado á una
« multitud de personas, y comparando sus contestaciones las he
« hallado contestes. He exigido particularmente y he recibido por
« escrito la del jefe de *Akamaru*, porque es de la confianza de *Toa-
« peré*, en su doble cualidad de *taura* (sacerdote de los ídolos), y
« de pariente de la profetisa. Creo tener, pues, datos seguros. Des-
« pues de estos preliminares vengo al asunto.

¹ D. Antonio de Ulloa y D. Jorge Juan, *Hist. del Perú y Viajes al Perú*, t. I.

² Solís, cap. 6.

³ Barbot, *Viaje á Guinea*, t. I, pág. 43.

«*Toaperé* pertenecía á la clase ínfima del pueblo, y solo fue á la edad de treinta y cinco á cuarenta años cuando principió á darse por inspirada. Era durante el reinado de *Mapururé*, abuelo del rey actual. Por algun tiempo solo fue como otras profetisas que abusaban del pueblo, antes de su conversion. Daba, como ellas, gritos inarticulados, y concluía, segun la costumbre, por pedir presentes para los dioses. Pero pronto cambió la escena. «*Toaperé* se puso á hablar distintamente, y las primeras palabras que pronunció sorprendieron extrañamente á los naturales del país. He traducido sus expresiones tal como se me han referido: «Nuestros dioses son vencidos, exclamó: hé aquí el Dios del extranjero: esta tierra va á pasar pronto á su dominio. Dentro poco llegarán hombres buenos. Yo le he visto á ese Dios; ¡qué grande es! llena la luz y las tinieblas. Yo le he visto; su labio superior toca al cielo, y su labio inferior descende hasta á los abismos. ¡Nuestros dioses nada son junto á ese Dios!»

«Añadió que ese acontecimiento debia ser precedido de la llegada de algunos buques al puerto de Gambier; los insulares no los habian visto aun sino de léjos. «Esos extranjeros, decia *Toaperé*, no todos son buenos; tendrán cuestiones con los habitantes de las islas. Pero despues de ellos vendrá un navío de la parte de la tierra que está allá abajo, debajo de nuestros piés. «Ese será el buque que nos traerá los hombres buenos. Os enseñarán una nueva palabra, la que se enseña allá abajo de la tierra. El pueblo les escuchará y se someterá á su Dios; pero vosotros sufriréis antes de esto una gran mortandad, y solo los fuertes verán á los extranjeros...»

«En fin, ella anunció la monarquía futura de *Maputiva*, el rey actual. «Tú verás esos cambios, le decia, y entonces no será *Matua*, tampoco *Makopunui*, serás tú, *Maputiva*, quien reinará.» «Previo tambien su propia muerte, y la predijo cien veces en público: «¡Qué felices seréis, hijos míos, con esos extranjeros! porque vosotros que sois jóvenes veréis todas estas cosas, yo no las veré. Debo morir antes, como tambien el rey *Mapururé*.» Y añadía: «Hé aquí una señal de la verdad de lo que anuncio: cuando habré muerto llegarán estos extranjeros á establecerse entre vosotros.»

«Segun mis noticias, todo esto ha sido dicho antes que los acon-

«tecimientos pudiesen ser previstos, y los indígenas se complacen en hacerme observar, que se han verificado al pié de la letra. *Toaperé* murió en la época que ella misma habia pronosticado, «en 1802 ó en 1803¹.»

Cuando se recuerdan las tradiciones antiguas citadas por Suetonio y Tácito anunciando la venida y triunfo del Mesías, ¿puedese el cristiano asombrar de que Dios haya permitido tales oráculos y conservado tales tradiciones en los pueblos modernos para preparar la predicacion del Evangelio?

Como quiera que sea, sigamos á los hijos de Japhet, y penetremos con ellos en el famoso imperio del Perú. Si el poder de la naturaleza, si la fertilidad de la tierra, si las minas cuási inagotables de oro y plata, si las piedras preciosas, en una palabra, si todo lo que puede lisonjear la parte material del hombre bastase para hacer una nacion feliz, ciertamente que los habitantes de la América del Sud en general, y los del Perú en particular, hubieran ocupado el primer puesto entre todos los pueblos de la tierra. Pero no, y mil veces no; esto no basta. La deplorable degradacion de la familia peruana en la época del descubrimiento de América corrobora de una manera sensible estas palabras del Salvador: *El hombre no vive solo de pan, sino de las palabras que salen de los labios de Dios*².

La autoridad de los incas era tan ilimitada, que se extendia á bienes y personas. Á su muerte, se enterraban vivas con ellos algunas de sus mujeres. Como sucede en todas partes, el pueblo imitaba el ejemplo de los grandes, y vivia en el mas completo olvido de la unidad conyugal³. Esto basta para comprender cuál debia ser el despotismo del marido y la opresion de la mujer. El despotismo paternal se revela con su inevitable sello, la sangre y el asesinato⁴. Vecinos del Perú, los *antis*, no contentos con sa-

¹ *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 82, pág. 222-223.

² Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei. (*Math.* IV, 4).

³ Garcilaso, lib. II, c. 2.

⁴ Cuando un anzicano quiere dar á su rey un testimonio manifiesto de su adhesion, engorda, se hace matar, guisar y sazonar: el rey dice el dia siguiente al hijo del cortesano á quien se ha tragado: «He comido á tu padre, estaba sabroso, tierno, enteramente sazonado.» Y la familia del difunto se hincha de orgullo y satisfaccion.

crificar sus prisioneros, inmolaban á los dioses sus propios hijos. El rito obligado de esos sacrificios consistia en abrir el vientre de las víctimas y descuartizarlas, ó en atarlas á gruesas estacas y hacerles cortaduras en todo el cuerpo, valiéndose para ello de cuchillos de piedra que sabian afilar con gran maestría ¹. En algunas otras naciones de la América meridional, si el parto era laborioso, se hacia morir al hijo por temor de que heredando la debilidad de la madre, no degenerase del valor de sus abuelos. Estos bárbaros usaban el mismo rigor para con los que nacian contrahechos, y con frecuencia mataban á la madre con el hijo. Sacrificaban tambien uno de los gemelos, en la suposicion de que una madre no puede bastar para dos; de suerte que se ve en uso entre ellos la cruel ley de Licurgo, que mandaba matar á los niños tenidos por demasiado débiles para poder ser un dia útiles á la república ².

Los mismos desórdenes morales, y los mismos actos de barbarie que son su consecuencia, degradaban y degradan aun á las numerosas tribus del mismo continente. Los indios que habitan la frontera oriental del Perú mataban á los recién nacidos que parecian tener una constitucion flaca ó una mala configuracion ³. En el Brasil, los guagiros han visto acabarse su nacion por efecto de los abortos. Un solo individuo sobrevivía á todos, en 1801, cuando Azara abandonó el Paraguay ⁴. Los abipones, los enacagas, los linguas, cometen los mismos horrores con un desenfreno que espanta. Los guanas matan á sus hijas con preferencia á los hijos. Es una mercancía cuyo precio han aprendido á elevar por su escasez. ¡Y aun se pretende ensalzarnos la inocencia del hombre salvaje ⁵! En Ceylan, en Java, nada es mas comun que el infanticidio y el aborto. El motivo de ello está en la espantosa corrupcion que deshonorra á esas terribles comarcas ⁶.

Tiempo es ya de terminar este triste cuadro. Tal era, pues, en la época del descubrimiento, el estado de la sociedad doméstica

¹ Garcilaso, *Origen de los incas*.

² *Costumbres de los salvajes*, t. I, pág. 392.

³ Malte-Bran, *Anales de los Viajes*, 1808.

⁴ Rob. Southey's *Hist. of Brasil*, t. III, pág. 384.

⁵ Gouroff, pág. 125 y sig.

⁶ *Cartas sobre el Indostan*, del Dr. Heber.

en el Nuevo Mundo; y tal es aun entre las numerosas tribus americanas que viven en las sombras de la idolatría. Necesitamos repetirlo: ¡Qué lección de fidelidad y reconocimiento para la Europa del siglo XVI con la súbita aparicion de estos numerosos pueblos, que solo eran tan bárbaros por no haber conocido aun el Cristianismo! Léjos de nosotros el pensamiento de justificar las atrocidades cometidas por los primeros conquistadores de América; pero si el crimen llama al castigo como el iman atrae al hierro, la América, empapada en sangre y crímenes, ¿puede acaso quejarse de los rigores que sufrió? Para ser regenerado, todo pueblo culpado debe recibir un doble bautismo, el bautismo de sangre y el bautismo de fuego. Considerada bajo este punto de vista, la conducta de los españoles para con los americanos entra en las impenetrables miras de la Providencia, como la de los asirios respecto al pueblo prevaricador de Israel. Siendo el vencedor culpable, es sin embargo la condicion de salvacion para el vencido: el bien sale del mal; y el hombre religioso adora en silencio ¹.

CAPÍTULO III.

Historia de la Familia en la Oceania y la Australia. — Su constitucion. — Suerte de la mujer.

Cuando referís á ciertos hombres el maravilloso cambio verificado en el universo por el Cristianismo, una sonrisa de incredulidad ó un aire de indiferencia acoge vuestras palabras. Si insistís, no tardan en contestaros como los judios de que habla el Profeta: *No hemos visto nuestros prodigios: no existen ya profetas, y Dios no nos conoce ya* ².

Sin embargo, con una bondad igual á su infinita sabiduría, la Providencia ha reservado para nuestro siglo nuevos milagros. A fin de no dejar pretexto alguno al escepticismo europeo, ha renovado literalmente los mismos prodigios que diez y ocho siglos há postraron al mundo al pié de la Cruz.

Una tierra desconocida sale del seno de mares lejanos; la hu-

¹ O altitudo! (*Epist. ad Rom.* xi, 33).

² *Signa nostra non vidimus; jam non est propheta; et nos non cognoscebat amplius.* (*Psaln.* lxx).

manidad se halla allí mas degradada de lo que la hemos visto en los tiempos del antiguo Paganismo. Entonces, á lo menos, una civilizacion material muy avanzada, las artes, las ciencias, una sociedad cualquiera, sobrevivieron al naufragio de las creencias y de las costumbres. Aquí todo ha desaparecido; el hombre parece no haber conservado de su naturaleza mas que sus instintos feroces y los rasgos alterados de la figura humana. Pero, cierto día marcado en los decretos eternos, generosos apóstoles se dirigen á estas playas inhospitalarias. Llevan la palabra vivificante del Catolicismo á sus numerosas tribus, sepultadas en las espesas sombras de la muerte. El salvaje, asombrado, huye y vuelve pronto armado con su arco para exterminar los extranjeros que osan sentar la planta en sus playas. Pero ¡oh maravilla! A la vista de los misioneros arrodillados ante una cruz, á los acentos de su voz, se siente encadenado por un desconocido poder. Tigre antes sediento de sangre, no es ya mas que un tímido cordero. Dios acaba su obra, y muy pronto todo cuanto creemos sin haberlo visto de la regeneracion maravillosa del antiguo mundo por el Evangelio, lo vemos verificarse ante nuestros ojos. Igual empresa, iguales dificultades, igual debilidad de medios, igual triunfo, por consiguiente igual prodigio. Leamos esta bella página de la historia contemporánea de la Iglesia católica.

Si con diez años de intervalo el mismo navegante hubiese visitado las numerosas islas de la Oceania y de la Australia, hubiese visto, en su primer viaje, reinar despóticamente en esas vastas comarcas el antropofagismo, el asesinato del niño y del anciano, el despotismo marital y paternal, la poligamia, el divorcio, el concubinage, la degradacion del ser débil, en una palabra, todos los desórdenes de la sociedad civil y de la familia antigua. Midiendo la profundidad del mal, hubiese exclamado: Solo Dios puede cambiar esos salvajes, que no tienen de hombre mas que la figura, en ciudadanos dignos de sentarse en el banquete de los pueblos civilizados. Esta es nuestra conviccion, y será tambien la de toda persona imparcial que tenga idea exacta de lo que eran la Oceania y la Australia antes de la llegada de los misioneros católicos.

Concretándonos á la sociedad doméstica, el despotismo y el sensualismo formaban sus caracteres exclusivos. Entre los nue-

vos-zelandeses el poder de los jefes era arbitrario; á la primera señal de su voluntad se mataba un esclavo, una mujer, un niño; se apoderaban violentamente de las propiedades de sus súbditos, y designaban á su placer las víctimas cuya carne debia servir para sus horribles festines¹.

Además de otras circunstancias, esos espantosos convites seguian siempre á la mortandad é interminables guerras que ensangrentaban no há mucho la Nueva-Zelandia². «Cuando se rehusa «la reparacion de una injuria, dice un misionero, se exasperan «los espíritus, se dividen en bandos que se injurian y desafian «mútuamente. Despues de la derrota del enemigo, se le persigue «con cantos de victoria mezclados con una gritería horrible; y «se ve entonces coger esos canibales á los desgraciados que no «han podido escapar á su venganza, y destrozarlos y gozarse en «comer su carne palpitante. Conservan las cabezas para servir de «trofeos; y en dias de alegría las exponen en los techos de sus «casas³.»

La voluptuosidad fue siempre compañera inseparable de la crueldad. Es preciso, pues, que nos preparemos á hallar entre los nuevos-zelandeses al sensualismo marchando á la par de la ferocidad, cuyo cuadro acabamos de trazar. Las santas leyes que forman la union doméstica eran completamente holladas. Como en Esparta, hallais tambien el rapto entre las formas del matrimonio. «El pretendiente, temiendo una negativa de la que quiere obtener, recurre á la fuerza, y la roba á su familia. Entonces, para «disputarle su conquista, se empeña una lucha sangrienta entre «los partidarios del agresor y la tribu insultada; pero si el raptor «oculta á la jóven de las pesquisas de sus parientes durante tres «ó cuatro dias, queda en favor suyo la contienda: la jóven viene «á ser su esposa legitima, y ambos partidos deponen las armas⁴.»

Compréndese fácilmente cuál debia ser, no digo ya la moralidad ni la felicidad, sino la estabilidad de las uniones verificadas bajo semejantes auspicios. Es cierto que la poligamia está prohibida al pueblo; pero es lícito á todo nuevo-zelandés dejar la com-

¹ *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 86, pág. 12.

² *Ibid.* pág. 13.

³ *Ibid.* pág. 17.

⁴ *Ibid.* n. 86, pág. 24.

pañera que no ha tenido la fortuna de agradarle, para contraer una nueva union ¹. La mujer repudiada puede contraer segundos lazos, como en Roma bajo el reinado de las leyes Julianas. Ella se pinta la cara con anchas líneas encarnadas y negras. «El encarnado en las mujeres indica que están separadas de sus maridos y que aspiran á un nuevo matrimonio.»

«En cuanto á los jefes, el número de sus mujeres está regulado por su dignidad: el primero tiene de ellas un número mayor que sus subalternos; sin embargo solo una de ellas es considerada como esposa suya. Inútil es decir que aquí, como en cuantas partes la poligamia está establecida, es inevitable origen de una infinidad de crímenes. Además de los celos, las disensiones y las riñas que siembra y perpetúa en las familias, es la causa mas comun de los infanticidios y suicidios que esparcen el luto en el seno de las tribus ².»

¿Quereis saber cómo obtiene el hombre la mano de la que debía ser su noble compañera, en las otras islas del mismo archipiélago? ¿Y vosotras mujeres, quereis saber á qué degradante opresion estais reducidas en todos los climas y en todos los pueblos que el Sol de la justicia no ha visitado aun? «En la Australia, los hombres de una tribu escogen de ordinario para esposas las mujeres que han robado á otra tribu. Las cogen por sorpresa, las derriban con un golpe de maza, y las llevan en triunfo á su tribu. Las consideran como seres que les son muy inferiores, y las tratan habitualmente con una horrible crueldad. Vese gran número de ellas con la cabeza surcada de cicatrices, y mucho tiempo despues de su muerte su cráneo lleva aun la señal de los golpes que han recibido ³.»

A la crueldad se añade el ultraje. «En Sydney, se las vende á los criminales deportados, por un pedazo de pan ⁴.»

En la Oceania, el matrimonio no era mas santo, ni la suerte de las hijas de Eva menos ignominiosa, ni menos dura. «Antes de la predicacion del Evangelio, los naturales consideraban el matrimonio como un contrato temporal y revocable á gusto de cada

¹ *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 86, pág. 24.

² *Idem*. n. 86, pág. 22 y 23.

³ *Idem*. n. 59, pág. 470.

⁴ Gourroff, 132.

una de las partes. Esas uniones se formaban de ordinario desde la infancia, pero no por esto eran mas duraderas. Cuando alguno de los dos esposos se cansaba, ó tenia otras miras, se retiraba sin ninguna otra formalidad, y contraía un segundo, un tercero, un cuarto enlace. La parte abandonada no tenia el derecho de quejarse, y de ordinario no mostraba pena alguna; sin embargo esta insensibilidad no tenia siempre lugar: la desesperacion estallaba á veces de una manera deplorable. Entonces se recurria al suicidio; porque habia tambien esa vergonzosa llaga en las costumbres de nuestros salvajes. Los hombres se dejaban caer de lo alto de un árbol; este era el modo de darse la muerte: las mujeres se precipitaban de lo alto de las montañas ¹.»

Hasta aquí todo parece igual entre el esposo y la esposa divorciados; pero habia para la mujer un privilegio de opresion. Pasando incesantemente de una familia á otra, por efecto de esos multiplicados repudios, llevaba una vida mil veces mas dura que la de las esclavas. Antes de la separacion su suerte no era mucho mas feliz. Solo los hombres podian escoger. Heridas de una especie de anatema, las mujeres no podian permanecer bajo el mismo techo ni sentarse á la misma mesa. Muchos caminos y muchas tierras les estaban prohibidos: no podian marchar ni cultivar mas que á lo largo de la mar; en una palabra, la razon de otro tiempo era la razon del mas fuerte. Es con todo probable que el recuerdo del primitivo pecado cometido por la mujer fuese en las islas de Gambier, como lo fue en todos los pueblos de la antigüedad pagana, el motivo principal del oprobio en que yacian las hijas de Eva. Solo el Cristianismo, borrando la mancha original, mostrando la nueva Eva victoriosa de la serpiente, enseña á los pueblos á reponer las mujeres en el rango que las corresponde, como hijas de Dios y hermanas de Maria ².

Pero, no nos cansemos de repetirlo, donde quiera que el Cristianismo no ha venido á rehabilitarla, la mujer continúa en su antiguo envilecimiento. Para ella la esclavitud sigue á la degradacion, ó si quereis la degradacion engendra la esclavitud. Vedla aun en el archipiélago de las Marquesas: ser impuro, no puede tocar una multitud de cosas necesarias ó útiles á su existencia.

¹ *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 56, pág. 185.

² *Ibid*. n. 68, pág. 59.



Los caminos mas cómodos, los frutos mas succulentos, las carnes mas sustanciales, el fuego encendido por su marido, son *tapús* para ella, esto es, sagrados: tocarlos seria llamar sobre su cabeza la cólera de Dios y de los hombres.

Despues de haber descrito una fiesta solemne de los salvajes, añade uno de nuestros misioneros: «Las mujeres no tomaron parte en esta fiesta sino en clase de testigos; y es, porque el lugar en que se reunen los hombres es *tapú*, esto es, sagrado para ellas. Os aseguro que nunca miramos sin piedad á esas pobres mujeres, sentadas á cierta distancia de sus maridos, y contemplando con aire triste los festines servidos por ellas.

«Puesto que he principiado á hablaros de la condicion deplorable á que la supersticion las reduce en este país, voy á citaros un hecho que nos ha arrancado lágrimas. Una pobre mujer, vecina nuestra, sufría una fuerte disenteria sin que nadie fuese á aliviarla. Habiéndola visto Nil, por casualidad, llorando junto á su hogar, corrió á nuestra casa para prepararla una taza de té. Cuando estuvo dispuesta, se la llevé yo mismo á esa mujer, que la tomó y la puso á su lado, diciendo que estaba caliente. Poco despues volví para ver si la enferma se habia aliviado. Hallé la taza en el mismo lugar que la habia puesto, sin que la hubiese tocado. Como le preguntase la razon, me contestó lo mismo que su marido, *que no podía hacerlo, porque el agua habia sido calentada en fuego tapú*. Entonces pedí á su marido que me trajese fuego de las mujeres, é hice calentar en él la misma taza de té: entonces la tomó sin dificultad, y se alivió al punto. Varias veces hemos podido observar que nuestros insulares preferirian ver morir sus mujeres que violar la ley del *tapú* para aliviarlas¹.»

El despotismo marital, que, en la antigüedad sobrevivía á sí propio para oprimir la mujer viuda ya, reina aun en este nuevo mundo: de suerte que la hija de Eva se halla durante toda su vida bajo un yugo tan completo como bárbaro. En el archipiélago Viti, las mujeres están obligadas como en África y en India, á inmolarse sobre el sepulcro de sus maridos. «Á la muerte de un jefe se estrangulan sus mujeres para que le acompañen en la tumba². «En otras partes realizan con sus propias manos ese acto de bar-

¹ *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 73, pág. 574.

² Id. n. 82, pág. 192.

«barie. Se suicidan ellas mismas junto al sepulcro de sus maridos, á menos que no tengan hijos que reclamen sus cuidados¹. «Se las elige tambien como objetos preferentes para servir de víctimas á los dioses, y de alimento en los festines sagrados que acompañan sus horribles fiestas.» «Esta bárbara impiedad, escribe un misionero, ha ensangrentado recientemente una bahía vecina. Dos desventuradas mujeres han sido degolladas y devoradas por los sacerdotes y los jefes de la tribu: podeis comprender que no les hemos escaseado reconvenções; en sus asambleas, hasta en medio de su templo, les hemos manifestado libremente el horror que tal crimen nos inspiraba. Los sacerdotes que estaban presentes no osaron respondernos; algunos reconocieron que teníamos razon. Estos idólatras admiran sobre todo la bondad de Dios, que ama á todos los hombres sin distincion de naciones, y que les ordena amarse unos á otros².»

CAPÍTULO IV.

Continuacion del precedente. — Condicion de los hijos. — Sentimientos y relaciones domésticas.

Si tales son las bases de la sociedad doméstica en la Australia y Oceania, si tales son las relaciones entre los esposos, si tal es el envilecimiento de la mujer, puédesse presentir cuál será la suerte de los hijos.

De educacion moral no hay que tratar. Sometido á la doble influencia de una religion sanguinaria y de costumbres corrompidas, el espíritu y el corazon del ángel de la tierra se degradan desde que son capaces de ser pervertidos. El mal hace progresos tanto mas rápidos, cuanto que los padres no ejercen sobre sus hijos vigilancia alguna.

En cuanto á la vida fisica, el desgraciado hijo sufre allí, como en todos los países que no conocen el Cristianismo, el rigoroso destino del ser débil. En Otaiti, pueblo el mas dulce de la tierra, habia una sociedad misteriosa llamada de los *Arrecoys*, que tenia por principio de union la comunidad de mujeres y la muerte de

¹ *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 86, pág. 28.

² Id. n. 73, pág. 576.